

CAPÍTULO I

—¡ **M**is felicitaciones, hijita!

Madre, distinguidamente vestida para la ocasión, se abalanza sobre mí mientras me cubre de besos y abrazos. Veo, complacida, una chispa de orgullo en sus ojos. Detrás de ella llega padre, igualmente engalanado. Camina despacio hacia mí mientras conversa con su hermano.

Hoy me licencio en Medicina, tras años de dedicación, estudio y sacrificios. Pese a que este tiempo ha sido muy gratificante, nadie sabe cuánto me alegro de haber llegado al final.

El día es soleado en Madrid, por lo que parece que las altas temperaturas han tenido a bien acompañarme. Intento mostrarme calmada y serena, mas mis manos llenas de sudor reflejan una excitación que apenas puedo contener. Una gran parte de la familia ha querido estar presente en esta particular celebración, incluso algunos primos que residen a varios kilómetros.

El resto de alumnos licenciados, igualmente de punta en blanco, se amontonan para escuchar el discurso que el señor decano da en nuestro honor esta mañana. Un puñado de mujeres que hoy festejan el haber logrado el título aguarda en

fila a la derecha; los varones, grupo mucho más numeroso, esperan su turno a la izquierda del improvisado escenario. Abro bien los ojos, pues es mi deseo no pasar por alto ni un detalle. Siete años en la Universidad, el esfuerzo económico de mis padres, la renuncia a tantas tardes de salidas y meriendas a cambio de permanecer delante de esos libros me dan las gracias hoy, con este día que huele a verano y a gozo.

Al finalizar el acto, ahí llega él. Tan pequeño, tan inocente y siempre con esa chispa traviesa que le hace diferente al resto de niños del mundo. No dice nada porque está abrumado entre tanta gente, tantos primos a los que apenas conoce, pero que le besan y le revuelven el cabello. El traje y la graciosa corbatita le molestan. Y tiene calor. Sin embargo, él no se queja, se hace el adulto. Me sonrío. Es su manera de felicitarme.

—Amira, coge a tu hermano y vámonos. Hoy vamos todos a comer a un restaurante. Papá ha reservado mesa y todo.

¡Vaya! Que papá se rasque el bolsillo, eso sí que es un acontecimiento.

No obstante, me arrepiento de mi tácita acusación. Después de haber comido, padre se levanta con la mirada llorosa y comienza su emotivo discurso: unas palabras cortas y desordenadas que mi memoria no olvidará mientras yo siga respirando:

—Hoy es un día muy especial para mí y para mi pequeña familia. La mayor de mis dos niños y mi única hija ha obtenido el título de Medicina. Hija, siempre he confiado en ti y sé que serás una doctora estupenda. Me acuerdo de hace siete años, cuando una noche entraste a nuestra habitación y dijiste que querías ir a la Universidad. Tu madre y yo siempre hemos hecho todo lo que estuvo en nuestras manos para hacer cumplir tu sueño. Bien, ese sueño hoy es también el nuestro y, como estábamos bien seguros, hija, de que lo conseguirías,

tu madre, aquí a mi derecha, y yo, hemos estado ahorrando y contamos con la generosa aportación de tu tío Antonio, también presente, para poder darte un regalo que quizá no podrás conservar en un cajón, pero sí en tus recuerdos.

Impaciente como estoy le apremio a que continúe. Sus labios se curvan en una sonrisa juguetona. Le gusta hacerme esperar. Y sé que en el fondo está más nervioso que yo misma.

—Hija, hemos decidido regalarte un viaje a la playa. ¡Y no cualquier playa! Al mismísimo mar Caribe. Un viaje para toda la familia, donde te acompañaremos tu madre y yo, y, por supuesto, tu hermano pequeño. ¡Después de una vida entera de trabajo lo merecemos, creo yo! Iremos a México, pues una compañera de tu madre tiene una sobrina que ha estado allí y dice que las playas son preciosas (y sobre todo porque estaba de oferta) —susurra descaradamente a su hermano, sentado a su lado, como si yo no pudiese oírle—. ¡Brindemos por mi niña y por el viaje!

Aunque no me considero una persona muy emocional, me es imposible contener dos o tres lagrimillas. Me siento tan dichosa... Tío Antonio aprovecha para solicitar más vino y yo abrazo con emoción a mis progenitores y beso la suave cabecita de Álvaro.

En medio de la algarabía general del momento, alcanzo a preguntar a mi madre:

—¿Cuándo iremos?

—¡En septiembre!

Mas no puedo seguir hablando, pues tío Antonio me corta la visión abalanzándose raudo a atrapar la frasca de vino recién llegada.

Entre brindis, emoción, risas y acalorados agradecimientos, transcurre el día que marcó mi camino. Y es que el presente es lo más importante que el ser humano tiene y, ya que

no podemos evitar que se nos resbale de las manos más temprano que tarde, exprimir todo su jugo sin dejar ni una gota es lo mejor que podemos hacer. Claro que esto tardé aún un tiempo en comprenderlo.

10 de septiembre de 1988

Sentada cómodamente en una tumbona, con el libro *El nombre de la rosa* en una mano y un cóctel afrutado en la otra, contemplo el atardecer de Cancún, en México, extasiada por la belleza del paisaje, rabiosamente diferente al de Madrid. Huele a flores, a sal y a tierra mojada. Pienso que no estaría mal vivir así para siempre, de vacaciones. Sin que padre se deje los riñones en la obra o madre tenga que limpiar casas ajenas solo para traer a casa un puñado más de pesetas.

El viaje está yendo simplemente genial. Madre y yo descansamos y nos dedicamos a disfrutar de los lujos del hotel a los que, ni de lejos, estamos acostumbradas. Nos tumbamos durante largas horas en alguna de las playas, dejándonos mimar por las aguas limpias y transparentes de aquel mar de ensueño, comiendo frescos aguacates y dulces mangos, incluso animándonos a probar el destilado de tequila alguna que otra vez. Además, hemos visitado museos de la cultura maya, islas paradisíacas y obras arquitectónicas.

Esta noche saldremos a bailar, no sin antes probar varios bocados de gastronomía autóctona. A Álvaro le han encantado los burritos de pollo desde que los eligiera en la cena de la noche en la que llegamos. Mi madre le abronca porque «el niño lleva tres días comiendo

lo mismo y luego no será capaz de ir al baño». No obstante, vuelve a pedir lo mismo una y otra vez. Obstinado como su padre, no dejará de hacerlo hasta que le sienten mal.

Álvaro es algo más que mi hermano pequeño. Nació en el mismo mes en el que soplaban ya las diecinueve velas, por lo que he desempeñado un papel a caballo entre el de madre y el de hermana, cuidándole y educándole, jugando con él y también permitiéndole casi todos los caprichos. La diferencia de edad se explica por la extrema juventud de madre cuando descubrió que estaba encinta por vez primera. No supuso para ella más que una enorme alegría, a pesar de lo prematuro del hecho, pues siempre dice que, desde el instante que vio a mi padre, supo que se casaría con él. Fue un amor como el de las novelas de Corín Tellado. Jamás descubrí la razón por la que permanecieron casi dos largas décadas sin plantearse darme un compañero de juegos; bastaba que lanzase la pregunta para que cambiaran automáticamente de tema, por lo que tengo la triste sospecha de que debió perder a una criatura en algún momento de aquellos años. Mi relación para con mis progenitores siempre ha sido buena, pero no por ello exenta de temas vetados que se imponen cual barrera entre nosotros, como cuando vemos una película en televisión y una pareja comienza a achucharse con pasión, o cuando emiten un debate en el que se discute sobre cuestiones carnales. En ese momento, la sombra de un tenso silencio se cierne sobre nuestra pequeña salita de estar, solo interrumpido por los golpeteos nerviosos que mamá provoca con el pie, mientras sigue con sus labores de costura, fingiendo que no va con ella la cosa.